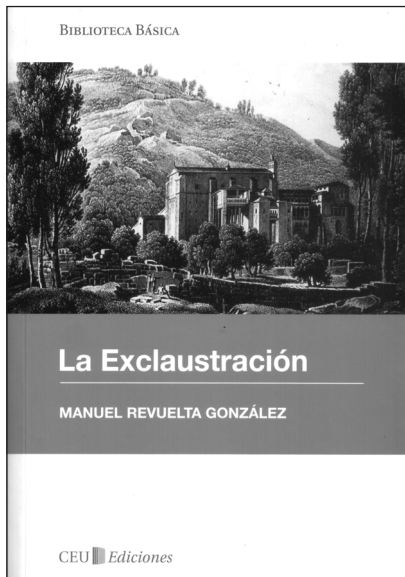


Los bienes de manos muertas

Jesús Sanjosé del Campo



REVUELTA, Manuel
La exclaustración (1833-1840)
 Madrid, 2010 (2.^a), CEU, 548 pp.

Aunque se trate de la segunda edición de un libro publicado hace más de veinte años, merece la pena reseñar esta nueva edición tanto

por el tema como por su actualidad. En cuanto al tema, porque la mayoría de los españoles, que estudiamos bachillerato cuando la historia de España era una materia obligatoria, lo que sabemos de la desamortización es lo que decía nuestro libro de texto, en apenas un párrafo que leímos y aprendimos de memoria: a saber, que los gobiernos liberales –Mendizábal al frente–, empeñados en modernizar España a toda costa, frente a los conservadores, empeñados en mantenerla en la ignorancia y en la pobreza, se preocuparon durante mucho tiempo de hacer una ley por la que los bienes de «manos muertas» fueron vendidos a particulares con el fin de que se pusieran en explotación las tierras hasta entonces improductivas... De donde se deducía que, para cualquier bachiller que tuviera juicio y razón, el Estado liberal hacía bien, ya que con su venta pública a particulares puso a producir lo hasta entonces

improductivo. Más adelante, con el paso del tiempo, aprendimos a distinguir entre lo que era una revolución burguesa y proletaria, y mucho nos dolió que esa subasta no se hubiera convertido en una entrega de tierras a los que no las tenían o a los que las cultivaban para sus antiguos amos.

Con la lectura del libro, hoy nos podemos hacer un juicio matizado acerca de la desamortización, incluso desde la perspectiva de las víctimas que también las hubo, tomando noticia no ya de cómo afectó el hecho a los aparceros, que con el cambio de amo se vieron condenados a la emigración y al hambre, sino a los mismos desamortizados, es decir, a los 32.000 frailes y a las 15.000 monjas que por efecto de las leyes desamortizadoras se vieron de la noche a la mañana en la calle, obligados, si eran sacerdotes a ponerse en las manos de los obispos para sobrevivir entre el clero secular, y si eran legos o monjas condenados a buscarse la vida en casa de las familias que habían abandonado en la juventud, pidiendo limosna, y siempre deambulando de un lugar para otro a la espera de que el Estado previera una forma de mantenerlos que nunca llegaba.

Con maestría, el autor va contando paso a paso el contexto en el que se da la desamortización. El primer acto se desarrolla en el primer período, entre 1810 y 1814,

coincidiendo con la lucha de España por su integridad interior, atacada en la península por los franceses, y en las colonias por los independentistas: es lo que el autor llama el *golpe suave*. El segundo acto se desarrolla en el trienio constituyente, entre 1820 y 1823: es lo que el autor llama el *golpe fuerte*. Y dentro de este contexto los datos y hechos desamortizadores con gran profusión de detalles.

Lo que más puede llamar la atención del lector actual no es ya el hecho mismo de la desamortización y la injusticia que lleva en cuanto al reparto y a la avidez recaudatoria del Estado, sino la conciencia que manifiestan los diputados que la defienden de que con este hecho están haciendo un bien a la misma Iglesia reduciendo el clero regular al clero secular y estableciendo en justas medidas la proporción necesaria para los necesarios servicios que hay que dar al pueblo.

Si la historia sirve de maestra para la vida, muchos podrán encontrar en este trabajo magisterio abundante para entender mejor la realidad, una vez transcurrido más de un siglo. ■